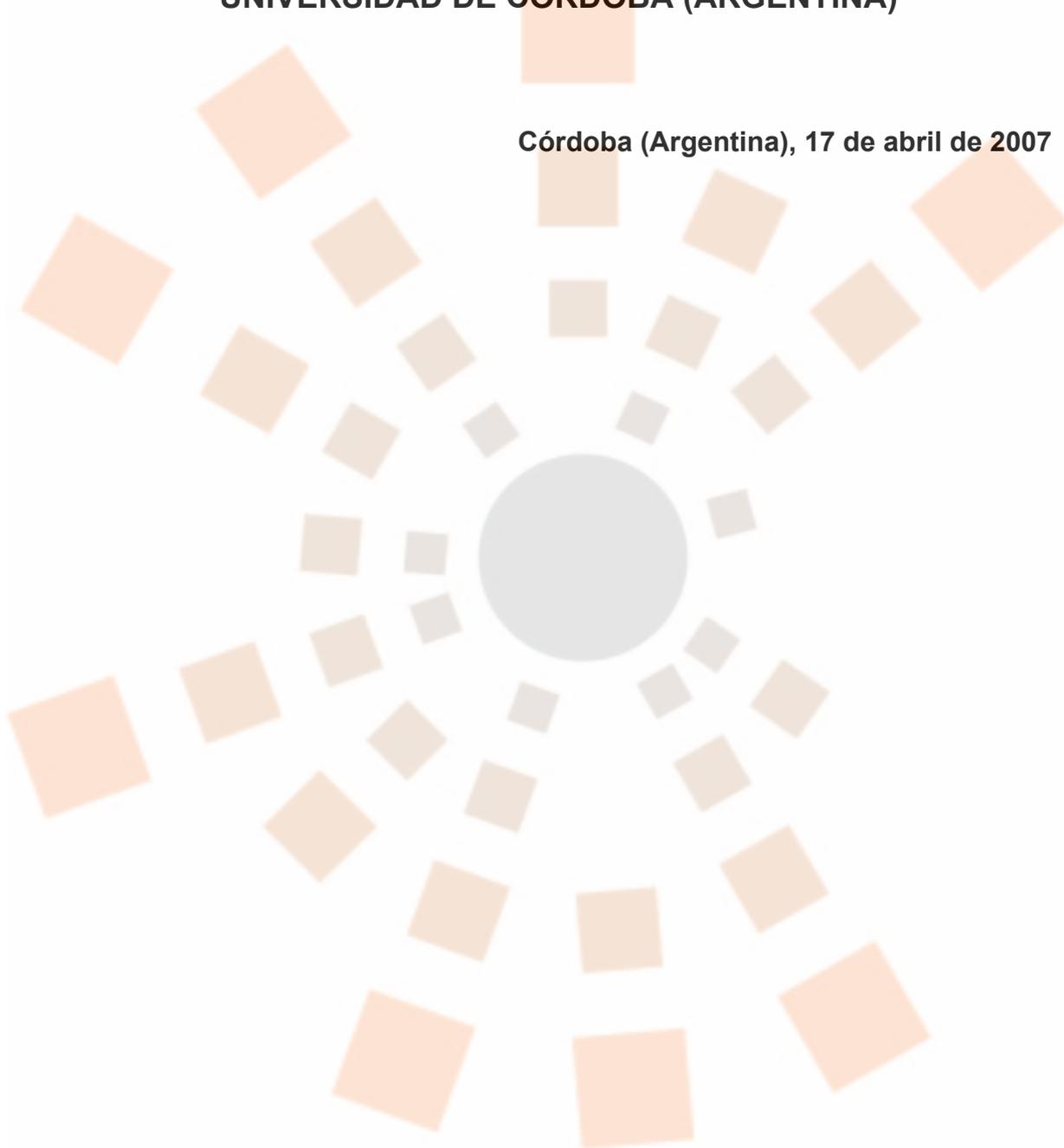


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE TRAS LA  
ENTREGA DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA, POR LA  
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA (ARGENTINA)**

**Córdoba (Argentina), 17 de abril de 2007**



## **INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE TRAS LA ENTREGA DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA, POR LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA (ARGENTINA)**

**Córdoba (Argentina), 17 de abril de 2007**

[...] Manifestar un sentimiento de agradecimiento. El agradecimiento se puede expresar de muchas formas, de muchos modos, pero yo quiero que el mío sea sencillo y directo, y también un poco sorprendido.

No voy a emplear la falsa modestia, que normalmente se suele utilizar en estos casos, diciendo aquello de que no me lo merecía, no era yo la persona de la que hablaba el Doctor Hugo Juri, porque eso es una forma de poner en evidencia a los ciudadanos, a los hombres y mujeres que decidieron un día acordarse de ti y darte esta distinción. Por lo tanto, no emplearé la falsa modestia, primero, por no ser descortés; y, en segundo lugar, porque se supone que la decisión de señalarme con este honor ha correspondido a los ilustres miembros del Consejo Superior de esta Universidad, y ellos tienen una fértil vida intelectual y académica, que espero que no hayan roto en el momento de tomar la decisión de nombrarme Doctor Honoris Causa por esta Universidad.

Gracias por tanto a cada uno de ellos, empezando por el señor Rector, y a la prestigiosa organización, Institución, que avala este galardón. Y gracias, cómo no, a mis avalistas, a Miguel Rojas Mix a Rodrigo Borja y a Jorge (ininteligible), por este nombramiento de Doctor. Y me produce una cierta incomodidad, no por la compañía sino porque supone una exigencia añadida para intentar estar como mínimo a la altura de todos ellos.

Y cómo no, mi agradecimiento profundo a mi presentador, al Doctor Hugo Juri, al que le manifiesto mi reconocimiento más profundo y más emocionado. Sus palabras, sus brillantes palabras, sus generosas y cariñosas palabras han puesto de manifiesto lo que yo ya sabía antes de venir aquí, que al lado de una cabeza muy bien amueblada, se esconde un corazón profundamente generoso.

Miren, entrar en política es difícil, salir es más difícil todavía. Y yo he soñado en muchísimas ocasiones cómo sería mi retirada de la vida política, y ni en mis mejores sueños, podía siquiera imaginar que a un profesor de la Universidad, que ha tenido un período interino breve, de 31 años dedicado a la política, y que vuelve a la Universidad, su despedida coincidiera exactamente con la concesión de Doctorado Honoris Causa por esta prestigiosa

Universidad. No puede ser para mí mejor la retirada, ni habiéndola planeado hubiera surgido con esta brillantez que tengo para mí.

Si algún periodista del siglo XX, del siglo XX, quisiera hacer una crónica de este acto, tuviera interés, -que no lo tiene, seguramente, para la inmensa mayoría de los ciudadanos- pero si quisiera hacer una crónica de este acto, pues seguramente empezaría diciendo algo así como que... en un salón donde había hombres y mujeres, o donde había argentinos y españoles, o donde había jóvenes y menos jóvenes, o donde había profesores y alumnos, esto sería seguramente la distinción, la separación que haría el periodista del siglo XX entre las personas que aquí nos encontramos.

Pero si fuera un periodista del siglo XXI el que tuviera que hacer esa crónica, con toda seguridad diría: en un acto donde había nativos e inmigrantes, comenzó..., tatatá, tatatá, tatatá. ¿A qué nativos y a qué inmigrantes se referiría ese periodista del siglo XXI? A los nativos que han nacido o que viven en una nueva sociedad, en la sociedad digital; y los inmigrantes serían aquellos que habiendo nacido en la sociedad analógica, hemos decidido coger nuestro atillo y dar el salto de inmigrantes, de inmigrantes, para situarnos en esa sociedad. Los que están como nativos o como inmigrantes son los que están en el siglo XXI; los que no decidieron dar el salto y cruzar la brecha, sencillamente no están, están en otro tiempo, pero no están en la construcción de la sociedad que en estos momentos está pasando delante de nosotros. Porque la brecha existe, como por cierto ha ocurrido siempre, a lo largo de la historia. La historia de la humanidad, la lucha de la humanidad en la historia ha sido siempre superar las desigualdades, las diferencias, las brechas. Las diferencias entre hombres y mujeres, la diferencia entre blancos y negros, la diferencia entre ricos y pobres; siempre ha sido esa pelea, esa lucha, que por cierto no acabará nunca. Y ahora estamos de nuevo en una lucha por superar una (corte en el audio).

Hay muchas cosas, y están empezando a ocurrir muchas cosas en esa alteración de la sociedad digital, y en esa alteración que produce la aparición de algo inédito, nuevo, desconocido, que es el fenómeno de Internet. Los países antes se movían en función de que estuvieran en el centro o en función de que estuvieran en la periferia. Quien estaba en el centro tenía más posibilidades, quien estaba en la periferia tenían menos posibilidades, no digamos nada de Extremadura, que estaba en la periferia de la periferia. Hoy con el fenómeno de Internet, las distancias han desaparecido, ya no existe ni centro ni periferia, nadie puede saber dónde está el centro de Internet. Por lo tanto, todos somos centro y todos somos periferia. Y, curiosamente, aquellos países que estaban en el extremo del extremo, como por ejemplo Finlandia, son los países, hoy en Europa, que están teniendo un crecimiento económico superior al resto de los países que antes se ubicaban en el centro privilegiado. Hoy un joven con un portátil, con un PC, no importa en qué parte del mundo esté, está en el centro del mundo si tiene una conexión y si tiene una entrada a Internet. Por tanto, independientemente del sitio donde nos ubiquemos como país, o como ciudadano, las diferencias se han acortado en cuanto a las distancias, y estamos todos en el centro o estamos todos en las periferias; y,

por lo tanto, las oportunidades son para los que están en el centro y son para los que están en la periferia.

Una segunda cosa que ha cambiado es el concepto de información. La información ya no es poder, durante mucho tiempo se dijo que el que tenía la información tenía el poder. La información ha ido cambiando a lo largo del tiempo de una forma muy perceptible. En la Edad Media, la información era algo que hacía mucha gente para que pudieran recibirla muy pocos. Acuérdense de los monjes copistas, que se dedicaban a copiar, muchos monjes copiaban libros para que lo leyeran los príncipes, que eran los únicos que tenían la capacidad de leer, sencillamente porque el resto de la población era analfabeta. Así que, mucha gente, informando a muy pocos. Aparece la imprenta, aparecen medios de comunicación modernos: radio, televisión, etc. Y ese concepto de información cambia, ya no son muchos informando a muy pocos, sino son muy pocos informando a muchos, basta ver un informativo de TV y veremos a una persona informando a millones. Y ahora, en la época en que aparece Internet, la situación ya no es muchos informando a pocos, o pocos informando a muchos, la situación es todos informando a todos, y todos pudiendo recibir información de todos.

Es decir, la información se ha democratizado y todo el mundo puede tener acceso a ella y mucha gente tiene acceso a ella; y todo el mundo puede recibir información y todo el mundo puede mandar información. Lo que provoca no pocos problemas, no solamente en que ya el poder no reside en el que está mejor informado, porque cualquiera puede estar bien informado, sino que está provocando problemas en la propia educación y está provocando problemas en la propia familia. Se dice que hay crisis de autoridad en la familia. Antes la autoridad en la familia, o del propio profesor, era que era el depositario del conocimiento, y normalmente la generación anterior tenía más conocimientos que la generación que venía. Hoy no, hoy son las generaciones de abajo las que intentan orientarnos e informarnos a las generaciones de arriba. De tal forma que si a cualquiera de nosotros nos cambian el teléfono móvil, el celular, tenemos que recurrir a nuestros hijos pequeños para que sean capaces de aleccionarnos y ponernos al día en dos o tres ocasiones y en dos o tres lecciones, para que no nos desconcertemos ante un fenómeno nuevo que ha aparecido ante nosotros. Y antes era bastante fácil que, a lo mejor, la autoridad paterna se basaba en el hecho de que uno pudiera decirle: te voy a llevar a Córdoba y te voy a enseñar, querida hija, querido hijo, te voy a enseñar una serie de cosas que yo descubrí en mis tiempos jóvenes recorriendo sus calles, etc., etc., etc. Y seguramente la respuesta de la hija o del hijo será: no te esfuerces, ya lo he visto por Internet y lo he visto en tres dimensiones y sé mucho más que tú de aquello que me vas a enseñar. Así que ahí ha habido, también, un nuevo cambio como consecuencia de la aparición de Internet.

Tercer cambio significativo que ha aparecido: siempre enseñaron los economistas que la escasez generaba valor. Y así el oro es caro porque es escaso y los diamantes también y el petróleo también. Todo lo que es escaso tiene mucho valor. Con la aparición de Internet y de las nuevas economías, de las nuevas tecnologías, la cosa ha cambiado; y ahora resulta que la abundancia, la superabundancia es lo que da valor a las cosas. El primer

telefax que se inventó en el mundo, costó algo así como tres mil o cuatro mil dólares, tenía solo un problema, no servía para nada, porque no se podía comunicar uno, no le podía mandar un fax a otro, porque el único fax que había era el que tenía el individuo que lo compró, el primero. Pero no podía mandar nada a nadie, no servía, por lo tanto, tenía un alto precio pero no tenía ningún valor. A medida que van aumentando los poseedores de fax, de telefax, va aumentando el valor del primero. Y cuantos más teléfonos móviles y cuantos más fax y cuantos más PC haya, más correos electrónicos y más valor tendrá el que yo tengo. De tal forma que hoy un teléfono móvil no vale nada, te los dan con puntos o te los dan con la revista de los domingos. Y, sin embargo, tiene un valor enorme a medida que haya mayor cantidad, mayor abundancia, lo que quiere decir que el valor ya no está en la escasez, sino que está en la abundancia.

E incluso ha cambiado un concepto, que es el concepto de privacidad, si a cualquiera de nosotros, hace 20 años nos quisiera localizar alguien por teléfono, no lo intentaría a estas horas, porque saben que todo el mundo a estas horas está haciendo sus tareas, sus trabajos, está fuera, etc., etc. Ahora todos tenemos el móvil apagado, con toda seguridad, pero cuando salgamos de aquí, y lo encendamos y tengamos las llamadas perdidas, tendremos que llamar y tendremos que pedir disculpas por no haber atendido su llamada, y tendremos que explicar dónde estábamos y porqué no cogimos la llamada y porqué teníamos el teléfono móvil apagado. Es decir, que todas esas circunstancias hacen que parece que haya factores nuevos, que anuncian que “el futuro ya no es lo que era”, el brillante (ininteligible) que hizo el señor Sanguinetti.

Pero parece que los gobiernos de los distintos países, que los políticos, se siguen empeñando, nos seguimos empeñando, en creer que el futuro, a pesar de estas cosas que he dicho y algunas cosas más que se podrían añadir de los cambios sustantivos que se están produciendo en la nueva sociedad, parece que los gobiernos tienen especial interés en no darse por enterados y en pensar que el futuro sí es igual que era, y que lo que hay que hacer es hacer las mismas cosas que se han hecho siempre, pero un poquito mejor; es decir, que nuestros hijos hagan las mismas cosas que hemos hecho nosotros pero un poquito mejor.

“España va bien”, dijo el Presidente del Gobierno Aznar, en una frase afortunada. Y yo puedo decir que España va mejor ahora que cuando iba bien. Seguramente también será una frase que responde a la realidad. España está creciendo, al 4% y Argentina que está creciendo al 8 u 8,5%, pues no digamos, va magníficamente, Argentina va muy bien.

La pregunta es ¿a dónde vamos? No basta sólo saber que vamos bien, sino es: a dónde vamos. Y claro, si vamos al sitio de siempre, pues no hay mucho que inventar, para ir al sitio de siempre, se coge el camino de siempre. Ahora, ¿ir al sitio de siempre, significa que vamos a triunfar o que vamos a fallar? Desde de mi punto de vista, ir al sitio de siempre en la sociedad del siglo XXI es fracasar. Por lo tanto yo creo que habría que intentar ir a sitios distintos, y para ir a sitios distintos hay que coger caminos distintos.

¿Vamos al sitio de siempre cuando hablamos de educación? Cuando hablamos de educación pienso que estamos yendo al mismo sitio y estamos, además, intentando hacer que la gente quiera hacer lo mismo que hicimos nosotros. Y estamos viendo que eso se está transformando en una situación que no llegamos a comprender muy bien. Miren, si vemos por televisión un hospital del tercer mundo, de África, de cualquier país de África subsahariana, y lo comparamos con un hospital nuestro, de aquí, de Córdoba, hay una diferencia irreconocible, un hospital del tercer mundo de un país africano, de lo más pobre, no se parece en nada a un hospital moderno de Argentina, en nada, la diferencia es brutal. Es más, si a un cirujano del siglo XIX, fuéramos capaces de devolverle la vida, y le trajéramos a una sala de intervenciones quirúrgicas, a un quirófano, del siglo XXI, y lo metiéramos en el quirófano y le dijéramos: ¿esto qué es? Ese cirujano diría: no sé, unas pantallas por aquí, unas..., unos monitores, un láser, esto no lo entiendo, no sé lo que es. No sabría dónde estaba un cirujano del siglo XIX. Mucho menos, podría hacer algo que le pidiéramos, ¿se atreve usted?, esto es un quirófano, ¿se atreve usted a hacer una intervención quirúrgica? Y el cirujano diría que no.

Veamos por televisión una escuela de un país africano pobre, del tercer mundo, y veamos por televisión una escuela, un aula escolar de un país del primer mundo, son bastante parecidas, bastante parecidas, un aula, unos pupitres, unas mesas, unos niños sentados, un profesor, una pizarra y una tiza y algún mapamundi, algún mapa, etc., y un par de libros. Pero resucitemos a un maestro del siglo XIX y llevémoslo a una escuela del siglo XXI, cualquiera, y pongámoslo en el aula y digamos: ¿sabe usted lo que es esto? Y el maestro no dudará un segundo, dirá: esto es una escuela. ¿Y se atreve usted a dar clase? Pero ahora mismo, ahora mismo, empiezo. La historia de Argentina. Y empieza por el capítulo primero hasta el último. Porque no ha habido prácticamente ningún cambio en el sistema educativo que permita saber que estamos en un siglo donde las cosas han cambiado de una forma significativa.

Segunda cuestión. Estamos además hablando de una educación que, afortunadamente, se ha democratizado, y hoy el sueño de cualquier familia, de cualquier familia europea, cualquier familia americana, pues puede ser, seguramente, que sus hijos vayan a la universidad, cosa que no pudieron hacer ni sus padres, en muchas ocasiones, ni sus abuelos. Y a la universidad va mucha gente, mucha gente, y la enseñanza universitaria se ha democratizado bastante. Y hoy hijos de personas con pocos recursos económicos, que no pudieron siquiera ir hasta la primaria, hoy están estudiando en la universidad, o han estudiado en la universidad.

¿Cuál es la universidad que se encuentran esos muchachos, esas muchachas, esos chicos jóvenes que han cumplido un sueño que sus padres ni siquiera imaginaban, o que sus abuelos simplemente soñaban, de poder realizar alguna vez en algún miembro de su generación posterior? ¿Con qué universidad se encuentran? Se encuentran, desde mi punto de vista, con la universidad de siempre, con la vieja universidad de siempre, con la vieja universidad de siempre, con aquella universidad que tiene como cosa fundamental: Derecho, Ciencias Experimentales y Humanidades. En España y

en los gobiernos autonómicos tenemos la capacidad de crear universidades, se han creado bastantes universidades, tenemos más de 60 o 70 universidades en España. Cada representante político, que tiene la capacidad de crear una universidad en su territorio, en su provincia, en este caso concreto en su región, pues cómo va a hacer una universidad que no tenga Derecho o que no tenga Ciencias Básicas o que no tenga Humanidades. De tal forma que el otro día entré en Internet y vi qué población tiene Argentina y qué población tiene Japón. Y Argentina tiene 36, o 37, se calcula para 2010 38 millones de habitantes, y Japón tiene 121 millón de habitantes. Y le pregunté a Internet, ¿cuántos abogados tiene Japón? Y me contestó, 21.000 abogados para una población de 121 millones de habitantes. ¿Y cuántos abogados Argentina? Me contestó de matrícula 3, sí de matrícula 3, -no sé muy bien qué es, pero de matrícula 3, que serán los que seguramente ejercen la profesión liberada- ¿Cuántos tiene? Me dijo: 125.000. Así que para una población de 38 millones: 125.000 abogados. Para una población de 121 millones: 25.000. Pero es que la provincia de Cáceres, -Extremadura que está formada por dos provincias: por Cáceres y Badajoz- la provincia de Cáceres tiene más abogados que Japón.

Así que algo no estaremos haciendo bien, porque quizás estamos generando excesivos titulados para algo que quizás la sociedad no necesita, salvo que vivamos en una sociedad conflictiva constantemente, y necesitamos muchos expertos juristas. Pero es que, licenciados y graduados en Ciencias Básicas tenemos a barullo. ¿Cuál es el problema? Que son unos grandes especialistas, pero exactamente aquí igual que en España, en España igual que en Estados Unidos, en Estados Unidos igual que en Asia, en Asia igual que la India. Es decir, tenemos muy buenos especialistas en Ciencias Básicas, con una dificultad para ellos, que es que son tan buenos especialistas como todos los especialistas buenos que existen en el mundo en Ciencias Básicas. Porque esos especialistas en Ciencias Básicas, normalmente, los aburrimos en nuestras universidades enseñándoles cosas que tiene tanta autoridad como solucionar un *sudoku* en un periódico. ¿Saben lo que es el *sudoku*, verdad? Este ejercicio matemático que se hace todos los días después del desayuno, entre la hora de entrada a la oficina y el café, que es poner los numeritos hasta que te cuadren, que después, cuando alguien lo termina, no tiene ninguna importancia, da lo mismo que el 1 esté arriba, que el 9 esté abajo, qué mas da, no tiene ninguna importancia. Y esto es lo que hacemos también a nuestros ingenieros, a nuestros estudiantes de ingenieros, nuestros físicos, etc., a que solucionen las integrales más difíciles del mundo, y que cuando terminen sus carreras sepan solucionar integrales muy difíciles, y han solucionado los problemas más difíciles que se pueden solucionar. El problema es que cuando terminan su especialidad y su carrera, no son capaces de añadir valor a todo eso que han ido aprendiendo a lo largo de sus 30 años de formación, primaria, secundaria y universitaria. ¿Y por qué no son capaces de añadirle valor, añadirle valor? Es decir, que lo que han estudiado tenga productividad, que haga producto a la economía, añada valor para que seamos más competitivos y no tengamos que estar dependiendo de nuestro déficit exterior constantemente, es un intercambio desigual.

Al final, ¿qué es lo que ocurre? Ocurre, uno, que el estudiante universitario, ese especialista en Ciencias Básicas, no está formado y

preparado para que cuando termine sus estudios, sus conocimientos añadan valor a la economía. Y lo que es peor, la sociedad tampoco está preparada para pedirle a esos estudiantes que le añadan valor y producto a su economía. De lo que se deduce que, al final, termina de investigador, que tenemos los mejores como en cualquier parte del mundo, publicando sus trabajos en revistas científicas, y por lo menos en España, cuanto más trabajos publique en revistas científicas, más sueldo para él en la Universidad. Si acaso va a un banco porque decide hacer algún tipo de empresa, como consecuencia de su conocimiento acumulado después de 30 años estudiando, se encuentra con que, a lo mejor, tiene que hipotecar la casa de sus padres, de sus abuelos, meterse en una aventura tremendamente arriesgada, que al final le hace desistir de ese apasionamiento y decir: págume los sexenios, publico mis investigaciones en la revista científica y vivo tranquilamente. Pero ocurre un pequeño problema. El año pasado en España hubo 211 trabajos de investigación que fueron patentados por parte de gente muy cualificada de la universidad, 211 patentes. De esas 211 patentes, solamente 11 se desarrollaron en mi país; el resto, hasta 200, la desarrollaron inversionistas estadounidenses que tienen ya por práctica, en el lugar de ver la prensa diariamente -que también se pueden enterar- ver las revistas científicas para ir viendo la cantidad de trabajo de investigación bien hecho y bien preparado de muchísima gente, de muchísimas universidades y que ellos le añaden el valor, le añaden el producto y le añaden riqueza para que puedan después vendernos a nosotros lo que nuestros investigadores habían investigado, pero no fueron capaces de transformar en producto, y por lo tanto, añadir valor a la economía. De tal forma, que mi país se está gastando aproximadamente unos mil millones de dólares, simplemente, en algún tipo de licencia de la que después hablaré un momento.

¿Y ante esta situación qué es lo que se hace, qué es lo que se hace? Pues los gobiernos nos encontramos con una cosa que ayer en la cena entendí, que igual que en España es motivo de enorme satisfacción por parte de la universidad, y alguien me decía, me parece que era el profesor Hugo Juri, que aquí en Argentina la autonomía universitaria es todavía mayor de la que existe en Europa. Y lo decía con orgullo, “la autonomía universitaria es mayor”. Querido profesor y queridas amigas y queridos amigos, la autonomía universitaria es una antigualla de la Edad Media que cuanto antes terminemos con ella, mejor, mejor. La autonomía universitaria es la consecuencia de sistemas feudales y absolutistas, e hizo muy bien la universidad en aquel tiempo y en tiempos posteriores, mientras duró el absolutismo, la dictadura, etc., etc., el feudalismo, en cerrar sus puertas para que el poder político de aquel tiempo no democrático, no metiera sus manos para pervertirlo todo. Pero esto ha cambiado y ahora no vivimos en sistemas feudales, ya no vivimos bajo monarquías absolutas, sino que vivimos bajo el gobierno de los hombres y de las mujeres, es decir, bajo la voluntad popular, bajo la Democracia. Y por lo tanto, ya no existe ninguna razón para que la universidad cierre sus puertas, para que el poder político, es decir, el poder de los ciudadanos no metan sus manos en la universidad para intentar explicar el movimiento de los Planetas, que ahí el poder político no tiene nada que decir, sino para intentar decirle a la universidad qué tipo de servicios debería practicar y prestar a esta sociedad.

Yo vengo de Buenos Aires, vine en avión, y tuve algún problema, como por cierto pasa en mi país constantemente. Pero mientras que estaba en el aeropuerto, las cuatro o cinco horas que estuvimos en el aeropuerto esperando, pensé: si nos hubiéramos ido en un autobús, -¿el autobús cómo se llama en Argentina?, el guagua le dicen en Cuba- pues quizás ya hubiéramos llegado. Y pensaba yo, digo, qué pasaría si nosotros nos hubiéramos ido a la estación de autobuses y hubiéramos preguntado: oiga usted, ¿para ir a Córdoba, qué es lo que se necesita? Y la empresa hubiera dicho: pues mire usted, usted tiene que pagar un billete, un precio, tiene usted que estar aquí a tal hora, vamos a hacer tres paradas para tomar café en tal sitio, en tal sitio, en tal sitio, y a tal hora, le garantizamos que usted está en Córdoba. Éste es el contrato que te hace una empresa de autobuses, aquí y en cualquier parte del mundo. Y decía yo: vamos a montarnos 60 personas, pero vamos a llegar a Córdoba, o no llegar a Córdoba sólo 10. ¿Y el resto? El resto se ha ido perdiendo por el camino. Bueno, por una vez que pase, pero imagínese que esto se repite todos los días, es decir, una empresa de autobuses que se compromete a llevar a 60 viajeros de Buenos Aires a Córdoba y, constantemente, va perdiendo el 90% de pasajeros por el camino. Esa empresa, ¿cuánto tiempo duraría en cerrar, tardaría en cerrar? Poco tiempo porque la sociedad no le permitiría. Pero, si yo cumplo el compromiso, le pago a usted el billete, me presento a la hora, tendrá usted que revisar, a lo mejor resulta que es que se deja usted a la gente en los 10 minutos de parada para tomar el café, tendrá usted que ampliarlo, a lo mejor, a 15 minutos, porque ha habido despistados que se quedan tomando café y pierde el autobús. Pero algo tendrá usted que hacer porque de lo que se trata es que si salen 60, lleguen 60.

¿Qué es lo que hace la Universidad? La Universidad no garantiza el final del trayecto, ni tiene porqué hacerlo, ni siquiera te dice cuáles son las condiciones. Sencillamente, la Universidad te acepta como cliente, y te dice: este trayecto va a durar 5 años. Pero por lo menos en mi país, en las carreras técnicas, sólo el 8% llega al final del trayecto en el tiempo que está marcado, como en las líneas de autobuses. ¿El resto? Tarda tres años más, cuatro años más, y un porcentaje muy importante se queda por el camino, ni siquiera llega. Y, claro, llega la autonomía universitaria, y dice: no metan ustedes sus sucias manos políticas en la universidad. Pero algo pasa, algo pasa, porque si sólo el 8% es capaz de llegar al final del trayecto, es que algo está mal dimensionado, algo está mal explicado, algo está mal contado, y no solamente eso, sino que es que además, les exigimos a nuestros jóvenes que nos entreguen tres o cuatro años adicionales, -por cierto, los tres o cuatro años mejores de su vida, 24, 25, 26, 27 años adicionales- y encima le exigimos a ese poder político del que no queremos que ponga las manos dentro de nosotros, que nos de más recursos económicos, porque como hay gente que no termina en el tiempo indicado, siguen sentados en su pupitre, y aumenta más la población estudiantil. Así que, algo habría que hacer para intentar dar una respuesta como se la daríamos, sin lugar a dudas, a la empresa de transporte, a la que hacía mención anteriormente.

Y de los que llegan al final del trayecto, de los que llegan al final del trayecto, ¿qué es lo que hacen?, ¿con qué capacidades? Es decir, yo he

llegado, y además, quiero añadir valor a lo que he aprendido y a lo que sé. He estado estudiando, he estado haciendo master, he estado haciendo mi doctorado y he estado investigando. ¿Qué es lo que quieren hacer? Pues esta gente no tiene ningún tipo de confianza por parte de la sociedad, y al final terminan perdiéndolo por parte de ellos mismos. Cualquiera de nosotros, de los que estamos aquí, si mañana viene nuestra hija o nuestro hijo con 25 años y nos dice: me voy a casar o me voy a vivir con mi pareja y necesito 20 mil dólares o 15 mil dólares para dar la entrada de la vivienda, el que pueda se lo da. Porque considera que es una inversión bastante segura, invertir quince mil o veinte mil dólares en la entrada del piso de tu hijo o de tu hija, eso es una inversión segura, y si vas al banco también. Pero si acaso viene tu hijo o tu hija, que tiene una brillante carrera universitaria, que ha hecho un par de master, que tiene una investigación excelente y que tiene un sueño maravilloso de hacer algo para añadir valor a sus conocimientos y no limitarse a publicar sus trabajos de investigación en una revista, sino que ha descubierto algo, ha descubierto que a la tarjetita de teléfono móvil él le puede meter no sé cuántas cosas más, que es un negocio seguro y que va a aportar a su vida estabilidad y se va a convertir en el empleador suyo y además de más gente. Y te pide 20 o 25 mil dólares para que le ayudes a empezar, a ti como padre, a empezar ese sueño, la respuesta del padre será que no, que se vaya al banco o que se vaya al gobierno regional o al gobierno nacional a ver si acaso allí encuentra consuelo a sus ideas. Claro, ¿por qué el banco cuando llegas con un sueño no te da crédito y cuando llegas con un ladrillo sí te lo da? Porque la sociedad sigue pensando que un ladrillo vale mucho más que el sueño de un hombre o de una mujer con 30 años, después de una larga experiencia acumulada a sus espaldas, de trabajo, de formación, de investigación y de preparación. Así que, si ni siquiera el padre o la madre cree a su hijo, bastante difícil va a ser que el banco lo crea, y si el banco no cree en su hijo, bastante difícil va a ser que las administraciones públicas lo crean.

España crece al 4%, Argentina crece al 8%, y la pregunta que nos podríamos formular es... si crecemos tanto ¿por qué no somos capaces de superar a otras economías que crecen menos?, que es la gran pregunta que se hicieron los países europeos cuando la Cumbre de Lisboa del año 1997. El año 97, se reúnen en Lisboa los mandatarios de la Unión Europea con el Presidente Clinton, y escucharon del presidente Clinton decir: "Estamos a unos años del siglo XXI, y el siglo XXI va ser el siglo del conocimiento". Y, entonces, los dirigentes europeos, los mandatarios de los países europeos dijeron: pues si el siglo XXI es el siglo del conocimiento, analicemos cuánto nivel de conocimiento damos en Europa y cuánto nivel de conocimiento se da en Estados Unidos. Y si el siglo XXI es el siglo del conocimiento y los europeos damos más y mejor conocimiento, tenemos la partida ganada. Y lo analizaron y, efectivamente, en Europa hay mejor conocimiento y más conocimiento que en Estados Unidos. Y las universidades europeas son mejores universidades que las universidades norteamericanas. Con las excepciones sabidas por todos, de los dos o tres casos (ininteligible). Pero la universidad pública latinoamericana, la universidad pública norteamericana. Yo creo que, en el caso de los latinoamericanos, ganan los latinoamericanos, y en el caso europeo, que conozco mejor, sin ninguna duda. Y además la educación primaria y la educación secundaria, también es mejor. Luego, si damos más y

mejor conocimiento a nuestros jóvenes, ¿por qué no vamos a ganar a la economía norteamericana, de esta competencia que tenemos, si damos más y mejor conocimiento y el siglo XXI es el siglo del conocimiento? Y cuando vieron que eso no era así, inmediatamente se les ocurrió lo que siempre se les ocurre a los políticos cuando no son capaces de mirarse a su ombligo, a ellos mismos, que es decir: ya tenemos la solución, nosotros no le ganamos a Estados Unidos, a pesar de tener más y mejor conocimiento, por la sencilla razón que es que tenemos un sistema político, económico y social con muchas rigideces, y lo que hay que hacer es eliminar rigideces. Y en esta nos encontramos, eliminando rigideces, pero con una particularidad, que en lugar de mirarse a ellos, han decidido cargar las consecuencias de sus incompetencias en las espaldas de los más débiles, es decir, en la espalda de los asalariados. Y entonces, estamos en un proceso donde ahora se quiere desmontar una cierta parte del Estado del bienestar, con contratos que allí se llaman basura, que no haya convenios colectivos, que cada uno negocie por su cuenta, una seguridad social peor, una educación peor, etc., etc. Es decir eliminar rigideces, que es lo que entienden ellos.

Pero hay una rigidez de la que nunca se acuerdan, que es la que voy a decir yo. Hagan ustedes, si quieren, si tienen tiempo, un ejemplo paradigmático. Cojan ustedes las 30 primeras empresas norteamericanas del año 76, que es el año que se tomó como base en la Cumbre de Lisboa, de la que hablaba anteriormente, y póngalas en orden, primera empresa, segunda, tercera, hasta la 30, viene en Internet. Y vean ahora las 30 mejores empresas del año 2006, 30 años de diferencia, y verán cómo ha habido un salto muy brusco en algunos casos, sutiles en otros, donde como consecuencia de la movilidad, producto de la eficiencia y de la eficacia, empresas que antes estaban en el número 1, ahora están en el número 30; empresa que estaba en el 27, ahora está en el 30. Es decir, ha habido movilidad, ha habido empresas que han ido subiendo y empresas que han ido bajando. ¿Por qué? Porque aquella empresa que es competitiva, sube; y aquella empresa que ha perdido eficacia y eficiencia, baja. Sencillamente así se mueve el mercado.

Hagan el mismo ejercicio en Europa -no lo he hecho en Latinoamérica, pero se puede hacer- en Europa. Y vean cuáles son las 30 mejores empresas -primeras empresas que había en Europa en el año 80- y vean las 30 primeras empresas que hay en el año 2006. Y comprobarán que no ha habido prácticamente movilidad, que las empresas siguen siendo las mismas ahora que hace 30 años. La pregunta es: ¿por qué los directivos de las empresas europeas son muy eficaces y muy eficientes, y por lo tanto, han mantenido su nivel de eficacia? En algunos casos, sin duda.

**(corte en el audio)**

Han decidido encargar la construcción de la carretera a la empresa que cobra.

**(corte en el audio)**

[...] conocimiento, formación, preparación. Y por tanto hemos ido a por esa revolución en la que ya no somos periferia, en el que ya no hay distancia y en el que tenemos la capacidad de influir positiva y decisivamente en el futuro de nuestro pueblo, en el futuro de nuestros hombres y de nuestras mujeres. La revolución de la que hablo, de la que he intentado pergeñar solamente unos ciertos ejes, es una revolución que no se puede dejar sólo en manos del mercado, el mercado es eficiente en aquello que es eficiente, pero el mercado (corte). Estas son las características, dichas a vuela pluma, que ofrece esta nueva sociedad que está al alcance de cualquiera, que está al alcance de Extremadura, que está al alcance de Latinoamérica, que está al alcance de India, como se está viendo, que está al alcance de cualquiera. Y yo creo que sería un error monumental empeñarnos, por parte de las administraciones y de los gobiernos, ir al sitio de siempre por el camino de siempre, porque el camino que se nos está pidiendo es un camino que nos lleve a un futuro donde la gente pueda emplear su capacidad, su inteligencia y su imaginación, y que no ocurra lo que ocurre siempre.

Miren, y con esto termino, si ustedes le preguntan a un chiquito, a una niña de tres años, cuatro años, qué es lo que quiere ser de mayor, se sorprenderán de la cantidad de respuestas, a cual más loca, de las cosas que quieren ser: astronautas, Papas, reyes, ricos, bomberos, de todo. Vayan preguntándoles a medida que van entrando en el sistema educativo, y cuando salen, muchas veces la pregunta es: yo, funcionario. ¿Quién mató la imaginación de ese niño de tres años? Tenemos la obligación de que esa imaginación no se mate, sino que florezca en una sociedad donde va a vivir de la imaginación y del conocimiento. Nada más y muchas gracias.